

CRÓNICA HUTTERIANA

ORDENAMIENTO DE LA COMUNIDAD

Introducción

Fuente: Ziegelschmid. *Chronik*. pags. 83 y ss: 430 y ss.

Algunos años de relativa paz durante la segunda mitad del siglo XVI permitieron a las comunidades hutterianas de Moravia escribir su propia historia. Esto lo hicieron en forma de crónicas manuscritas llevadas en las distintas localidades. En tales compilaciones, además de los recuerdos del escritor mismo y de la memoria oral de su comunidad, se incluían —a la manera del Eusebio de antaño— otros documentos más antiguos. Entre estos el “Ordenamiento de la Comunidad”, de 1529, que presentamos aquí: el relato de Blaurock acerca de los principios del movimiento en Zurich¹, la correspondencia de los jefes del movimiento con las autoridades² o con las otras iglesias³.

Por lo tanto, los textos siguientes representan la interpretación interna, “apologética”, del movimiento hutteriano por sus cronistas. Sin embargo, no ocultan las dificultades y divisiones que amenazaban la unidad del movimiento, particularmente en sus principios.

Debemos limitar nuestros extractos a las descripciones de experiencias únicas; del comienzo de la institución de la “bolsa común” o “caja común” y del desarrollo económico e institucional que les permitió el período de paz.

En el relato de la institución del compartir total se destaca la coincidencia de elementos teóricos (el ejemplo de la Iglesia Primitiva, la disciplina del egoísmo por el abandono) y la ocasión (la necesidad extrema de los desterrados, y la acogida favorable de estos por parte de los príncipes ansiosos por valorizar sus tierras incultas). Es llamativo en el resumen acerca de la "Edad de Oro", cuán fácilmente la historia niega la visión clásica de muchos historiadores que describen la crítica social anabaptista como "anarquista", "apolítica" o "contraria a la cultura". Nuestro texto da testimonio de la creación de escuelas populares un siglo antes de Comenio; de la división complementaria de tareas dentro de una comunidad de producción dos siglos antes de la Revolución Industrial, de servicios administrativos contratados mediante convenios libres en un contexto todavía feudal. Vemos también aquí una comunidad de disidentes cuyo aporte cultural era tan valioso que los príncipes católicos olvidaban su deber de perseguirla y, por su parte, la nobleza caballeresca los eximía de impuestos bélicos. En esta forma —largo tiempo antes de la crítica intelectual de Voltaire— se abren las primeras brechas en la monolítica unidad medieval de Iglesia y Estado.

ORDENAMIENTO DE LA COMUNIDAD

En el año 1529, la comunidad enseñó, implantó y acordó guardar un ordenamiento acerca de cómo debe vivir un cristiano que está en la fe apostólica ¹.

Primero: Cuando la comunidad se reúna, se pedirá a Dios de todo corazón su gracia, para que nos revele y nos permita reconocer su divina voluntad. Al separarse, se debe dar gracias al Señor y rogar por todos los hermanos y hermanas de la comunidad cristiana entera.

Segundo: Debemos exhortarnos, sincera y cristianamente, los unos a los otros a permanecer constantes en el Señor, a reunirnos con frecuencia; por lo menos cuatro o cinco veces por semana, si puede ser.

Tercero: Cuando un hermano o hermana vive en forma desordenada y lo hace públicamente, deberá ser públicamente amonestado ante la comunidad y amablemente exhortado. Si lo hace en forma secreta, se lo amonestará secretamente, aunque según la orden de Dios ².

Cuarto: Todo hermano o hermana debe entregarse por completo

a la comunidad, en cuerpo y alma, en Dios, y compartir todos los dones recibidos de Dios³ —según el uso de la primera iglesia apostólica y comunidad de Cristo— a fin de que los necesitados de la comunidad reciban [lo que les haga falta], como los cristianos del tiempo de los apóstoles (Hch 2, 4, 5).

Quinto: Los diáconos elegidos por la comunidad deben atender con celo las necesidades de los pobres y proporcionarles en nombre de la comunidad lo que necesiten, según la orden del Señor.

Sexto: Deben conducirse honrosamente entre ellos y también ante cualquiera, y nadie debe comportarse frívolamente con palabras u obras, tampoco ante quienes están fuera (de la comunidad)⁴.

Séptimo: En la reunión de la comunidad debe hablar uno; los demás deben escuchar y juzgar lo que se dice, y no ponerse de pie dos o tres juntos. Nadie maldecirá ni jurará y no se sostendrán charlas inútiles, por consideración a los débiles⁵.

Octavo: Cuando [los hermanos] se reúnan, no se cargarán de comida y bebida sino que se usarán las criaturas puras y buenas hechas para nuestro sostén, y se consumirá un plato o dos, con acción de gracias y moderación. Cuando se haya comido, se levantará todo de la mesa⁶.

Noveno: No se revelará al mundo lo que se trate o juzgue entre los hermanos y hermanas de la comunidad. Al [hombre] de buen corazón se le presentará y predicará inicialmente el Evangelio en las criaturas⁷. Cuando lo haya reconocido, lo vea con gusto y amor y acepte el contenido del Evangelio, será aceptado como miembro de Cristo, en la comunidad cristiana.

Décimo: Debemos aguardar diariamente la obra del Señor y la cruz. Puesto que nos hemos sometido a la disciplina de Dios y la hemos aceptado, debemos aceptar con acción de gracias todo lo que Él nos envía. Debemos soportarlo con paciencia y no dejarnos atemorizar fácilmente por los gritos y los aires de cualquiera.

Undécimo: Todos aquellos que constituyen conjuntamente un cuerpo y un pan en el Señor y tienen una misma intención⁸, deben celebrar la Cena del Señor en conmemoración de su muerte. En esa ocasión, todos deben ser exhortados a imitar al Señor en la obediencia al Padre.

Duodécimo: Tal cual se nos ha enseñado y exhortado en el Señor, debemos permanecer todo el tiempo alertas y a la espera del Señor, para que cuando llegue seamos dignos de entrar con Él y escapar al mal que le aguarda al mundo.

Pero volvamos a nuestro propósito de escribir cómo la comunidad

fue inicialmente depurada de los hombres falsos e incapaces y se organizó debidamente en esta tierra, con grandes tribulaciones. Ocurrió así: al cesar y disminuir la ya mencionada persecución del preboste real en Austria, los señores de Nikolsburg enviaron mensajeros a la montaña y también a los lugares secretos de los bosques, en donde [los hermanos] se habían refugiado, con el fin de que todos regresaran a su casa y albergue, y no temieran.

Iniciación de la comunidad

Pero como por las razones antedichas la población de Nikolsburg creció en número y buena parte de ella —seguía a Jacobo Wiedmann y a Philip Jäger, Hans Spittelmaier con sus asistentes y familiares comenzó ostensiblemente a imponer a los suyos en sus enseñanzas, que no tuvieron nada que hacer con los otros, sino que se apartaron totalmente, porque [los otros] constituían una concentración aparte. Y a todos los que seguían a Jacobo Wiedmann los llamó *Kleinheüffler*⁹ y *Stäbler*¹⁰. Pero los de Nikolsburg, que habían conservado la espada —por lo que se los llamaba *Schwertler*—¹¹ son llamados ahora sabatistas y tienen el espíritu münsteriano¹². Éste movió nuevamente al señor feudal Leonard de Liechtenstein a ordenar a J. Wiedmann y a Ph. Jäger, junto con otros hermanos y diáconos, a que comparecieran ante él y a darles la orden de que abandonaran sus tierras, juntaran sus cosas y se marcharan, porque querían establecer una comunidad aparte. Por eso, ellos pusieron en venta sus granjas, algunos las vendieron, otros las abandonaron y partieron juntos. Pero la gente de Liechtenstein les hicieron llegar luego todo lo que habían dejado atrás. Unas doscientas personas —sin contar los niños— de la montaña de Nikolsburg y sus alrededores se reunieron ante la ciudad. Algunos salieron de la ciudad para unírseles y llorar con ellos de compasión, otros para disputar con ellos. Entre tanto se pusieron en marcha, acamparon en una aldea desierta, entre Tanowitz y Muschau. Allí permanecieron un día y una noche, para deliberar entre ellos, en el Señor, sobre la presente emergencia y designaron ministros para las necesidades temporales, como Frantz Inzinger, natural de Estira, y Jacobo Männel, que había sido cobrador de rentas del señor de Liechtenstein. Se les asignó como ayudantes a Thomas Arbeiter y a Urban Bader. A su tiempo, estos hombres extendieron una capa ante el pueblo y cada cual echó en ella —de buen grado, sin presiones— sus pertenencias, para ayudar a los necesitados, de acuerdo con las enseñanzas de los profetas y apóstoles” (Is 23, Hch 2, 4 y 5).

Pero cuando quisieron partir de ese lugar para proseguir su marcha, llegó el señor (Leonard de Liechtenstein, de Nikolsburg, con algunos de sus caballeros y les preguntó hacia dónde pensaban partir y si no querían quedarse en Nikolsburg. A eso le respondieron que por qué no los había dejado permanecer allí, que ellos no habían hecho nada por ligereza, sino sólo por temor de Dios; sí, por su corazón y su conciencia, que habían testimoniado contra sus hermanos y contra las enseñanzas y la vida de sus predicadores. Que también consideraban anticristiano que él y sus hermanos se hubieran resistido por la fuerza al preboste, enviado por el gobierno superior, a lo cual los habían instigado sus predicadores. Por lo tanto habían partido y se habían alejado. El señor Leonard cabalgó con ellos hasta la Baja Wissternitz, allí les proporcionó un trago y los dejó partir sin pagar derechos aduaneros. Después de haber cruzado el puente, pernoctaron a mano derecha junto al viejo templo, la casa de la ermita, y permanecieron allí hasta la mañana, a la hora del desayuno. Mientras tanto se ocuparon del transporte, para poder seguir adelante con sus enfermos y sus niños. Ese mismo día llegaron hasta cerca de Gross Nemschitz, en Nusslau, desde donde enviaron cuatro hombres hacia Austerlitz. Solicitaban a los señores de la misma que los recibiera [dejando] su conciencia libre, sin trabas, en lo que se refería a algunos artículos —como el impuesto bélico y otros semejantes— que ellos no podían aceptar por temor a Dios. Dichos señores aceptaron hacerlo y estuvieron, pues, dispuestos a acogerlos. Dijeron que si hubieran sido mil, a todos los hubieran recibido. Y así enviaron tres carros a su encuentro, para que pudieran trasladarse en forma más conveniente.

Al llegar a la ciudad de Austerlitz, los señores les adjudicaron granjas desiertas e incendiadas, en donde vivieron tres semanas a cielo abierto.

En ese tiempo los visitaron señores, como el señor Jäne, el señor Wätzlāw, el señor Ulrich y el señor Peter, señores de Kaunitz, en Austerlitz, que se mostraron muy bondadosos con ellos. También encontraron mucha bondad en el pueblo de la ciudad. Preguntaban a los hermanos si no estaban dispuestos a edificar casas en su aldea. A su pedido, les permitieron construir en el Hafemarckt, para lo cual los bosques de los señores les proporcionaron la madera necesaria. Además se los liberó del pago de *roboth*, tributos y gabelas durante seis años, cosa que los hermanos aceptaron agradecidos, como un favor de Dios.

Y así el pueblo y la comunidad comenzaron a multiplicarse. Además, por celo y amor a Dios, se vieron impulsados a enviar hermanos a otras regiones¹³, y en especial al condado de Tirol.

NOTAS A LA INTRODUCCIÓN

¹ Véase *Los comienzos anabaptistas* en Zurich (127 y ss).

² Véase *Al Rey*, de Melchior Hofmann (págs. 277 y ss).

³ Mantenían correspondencia no solamente con los otros anabaptistas (suizos y neerlandeses) sino también con los "antitrinitarios" polacos. Además recibían visitas de comunidades disidentes del mundo mediterráneo.

NOTAS AL TEXTO

¹ Frente a cada párrafo de este texto, una frase al margen resume su contenido. No traduciremos estas notas marginales, excepto en los casos donde digan algo más que el texto principal.

² Como en Hubmaier (págs. 195-197) se hace una distinción entre ofensas públicas y privadas: la "orden de Dios" ("Regla de Cristo") se aplica textualmente sólo a las privadas.

³ Mantener la comunidad cristiana.

⁴ 1 Ti 3.

⁵ Eclo 23: 9-14; Ef 5: 15 ss.

⁶ Mantenerse sobrios en las reuniones.

⁷ Comparar en Hans Denck el concepto del Evangelio "en las criaturas", pág. 216.

⁸ Se notará una gran similitud a la frase de Schleithem, pág. 216.

⁹ "Los del grupito".

¹⁰ "Los del bastón" (*Stab*), es decir: no-violentos.

¹¹ "Los de la espada" (*Schwert*).

¹² "Ahora" quiere decir aquí la época del cronista (circa 1570): indica que aún existía un grupo de *Schwertler*, o por lo menos el recuerdo reciente de debates con ellos. La designación "sabatista" parece indicar que mantenían, junto a la "espada", otros elementos de la fe veterotestamentaria. "Espíritu de Múntzer", término de oprobio para el cronista, recuerda que la preocupación principal, en la autointerpretación pública de todos los *Stabler*, era de separarse de la reputación revolucionaria de Múntzer. Por lo tanto "espíritu de Múntzer" no significa que los *Stabler* de Moravia compartían todos los excesos de Jan van Leyden (la poligamia, por ejemplo); indica simplemente la aprobación de la violencia santa, o de la reforma teocrática.

¹³ Según la interpretación de W. Schäufole (op. cit.) y F. H. Littell (op. cit.) podemos reconocer en esta frase el primer esfuerzo específicamente misionero del protestantismo. Las comunidades hutterianas mantenían la práctica regular de tales misiones desde sus seguras bases de Moravia (cf. más adelante págs. 303-304).